

Al Profesor Doctor Leo Eloesser

I. BREVE SEMBLANZA DE LEO ELOESSER

JAIME WOOLRICH *

"Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre nosotros parece ser sabio en este siglo, hágase simple para ser sabio". Corintios 2-18.

"La obra de cada uno será manifestada: porque el día la declarará; porque por el fuego será manifestada; y de la obra de cada uno, cual sea, el fuego hará la prueba". Corintios 2-13.

Ofrecido por la Academia Nacional de Medicina, en su sesión ordinaria del 13 de mayo de 1981.

* Académico titular. Hospital General de México. Secretaría de Salubridad y Asistencia.

Se sabe del doctor Leo Eloesser como se conoce de los árboles: por sus frutos. Y por lo pronto, una cauda de estudiantes que recibieron y otros que siguen y seguirán recibiendo ayuda para poder proseguir sus estudios al través del Fondo que lleva su nombre y que maneja la Academia Nacional de Medicina de México desde 1954 y de otros múltiples fondos similares que hasta hace poco funcionaron en Chile y muchas otras partes.

En un país como México, en donde los ricos nacionales, de regla, prefieren perpetuar el grave daño de impedir que sus herederos construyan sus vidas por sí mismos, antes que dejar donativos para instituciones que otorguen beneficios a seres extraños, tenía que ser un extranjero el que dedicara en vida, lo cuál es aún más raro, buena parte de su patrimonio y del producto de su trabajo en este flagrante acto de generosidad.

Nuestra admiración para este hombre al que hoy rendimos homenaje subió de punto cuando, como un espontáneo, en plena sesión de esta Academia, de la que es miembro honorario desde 1962 pidió la palabra para leer en un pequeño papel manus-

crito, su petición de que nuestra Corporación dedicara un esfuerzo a la edición de libros de texto, sencillos y de bajo costo para estudiantes. Por enésima vez, Leo Eloesser manifestaba lo que fue su preocupación constante: las cosas simples; la ayuda a quienes verdaderamente necesitan ayuda. De allí surgió la idea, ya realidad, de un Fondo para la Edición de Libros de Texto de esta Academia que, al tiempo y Dios mediante, será la "Editorial Leo Eloesser" de la Academia Nacional de Medicina, que elaborará los libros que ya merece nuestro país: los mejores libros, los más baratos, escritos por los autores más selectos.

Leo Eloesser fue un misionero, un misionero seglar, mundano, sin que lo moviera para ello el interés por un lugar en algún cielo; que fue a todas partes donde pudo ayudar en cosas concretas, llanas, útiles; particularmente en donde el peligro implícito, bajo las bombas, multiplicaba el valor del esfuerzo: Cruz Roja en la Alemania de la primera guerra mundial, antes de la participación de los Estados Unidos de Norteamérica; hospitales de urgencias; en ambulancias, en la guerra civil española: frentes de Teruel, Valencia y Alhambra, rematando su peregrinar heroico en China, haciendo esfuerzos por penetrar para ayudar, precisamente en aquellos lugares de donde todos los que podían, huían.

Algunos compañeros académicos habríamos de tener el privilegio de conocerlo personalmente y aun la gracia de convivir largas y preciosas horas en su íntima cercanía en su aldeano, pequeño, pero florido rancho, perdido en una hondonada de Tacámbaro.

El amor y la ternura por las cosas y los seres humildes creaban en su derredor una aureola de bienaventuranza; y entonces se podía caer en la cuenta de que la existencia de Leo Eloesser, para los optimistas, era como la anunciación del advenimiento de hombres mejores en este mundo; esa anunciación que se viene repitiendo desde Cristo. Para los bajos de nuestro pesimismo, sin embargo, podría representar el último ejemplar viviente de la estirpe de santos del martirologio o de la breve lista de laicos virtuosos que en el mundo ha habido.

Tenía Leo Eloesser la sencillez como norma; parecía dar atención en hacer bien las cosas pequeñas para acceder con éxito a las grandes; de allí, quizá, su admiración por la proeza china de la Larga Marcha de los 12 500 kilómetros, que no fue otra cosa, si bien se advierte, que la suma total de pequeños pasos para lograr ese hecho histórico que cuenta entre las gestas más conspicuas, sólo comparable con la retirada de los 10 000 kilómetros de Jenofonte.

Era un hombre que se perdía en su pequeñez física, pero cuya presencia se imponía, en las escasas ocasiones en que decidía hablar o que se expresaba por los hechos. De boca de sus amigos mexicanos, entre los que destacan el maestro Alfonso Alarcón, se conocen deliciosas anécdotas a este respecto. Como la de aquel importante señor extranjero, que deseaba conocer al doctor Eloesser, del que sólo sabía su fama y que negaba que fuera

Eloesser el pequeño hombre que casi se perdía en un sofá.

Su humildad, su sencillez, hacía destacar y aparecer grotescas la ampulosidad y la solemnidad de algunos personajes de la vida social médica y no médica; esa humildad, sin embargo, no es atributo de débiles, sino prenda de fuertes, de heroicos.

Su inclinación natural hacia los pobres y humillados era compulsivamente sincera, nada demagógica.

Conoció México como quizás sólo algún mexicano excepcional, recorriéndolo a caballo y aun en el más humilde de los vehículos, el burro.

Nunca asomaba entre sus preocupaciones manifestadas el dinero, excepto bajo la forma de cómo otorgar y distribuir el suyo.

Su vida como médico cirujano es desplaza desde las primeras intervenciones quirúrgicas; originales unas, otras ingeniosas y las amplias, radicales, de intento curativo del cáncer pulmonar, en lo cual fue magnífico pionero internacional, hasta los consejos para atender a las parturientas y los procedimientos más sencillos para los primeros auxilios. Para el maestro Alarcón, fue él, en este aspecto, el inspirador de los médicos descalzos en China: esa práctica médica elemental, que elimina lo superfluo para brindar los auxilios médicos más frecuentes y por eso importantes, en países poblados: aspectos sanitarios, control de enfermedades transmisibles; atención de partos y primeros auxilios a lesionados, intoxicados, etc.; y como norma, la convivencia con la población para adiestrar en el terreno a nuevos trabajadores de salud pública en cada aldea. En resumidas cuentas, una medicina para resolver los pequeños, diarios problemas de una vasta población de humildes aldeanos; una medicina deseable para el amplísimo hogar rural de los desamparados de nuestro tercero y cuarto mundos, mientras llega ¿cuándo será? la grande y docta medicina, por ahora cada vez más restringida a pequeños sectores que requieren de las especialidades, subespecialidades y superespecialidades.

La escuela de medicina de Shih-Chia-Chuang, movilizable con cerros de libros, autoclaves, sueros y forrajes, microscopios y decenas de mulas bajo las amenazas de bombardeo, ¿no hace de Leo Eloesser un titán moderno?

Todo lo trataba de simplificar para bajar costos: las prótesis en el centro de amputaciones del ejército en el hospital Leterma, en San Francisco, hasta un curioso método de succión accionado por el caño del agua corriente para una expansión más pronta de los pulmones, antes que se fabricaran lo caros y complicados modelos de aparatos de succión que conocemos.

Recorre las zonas de batalla en un camión habilitado como ambulancia, en el frente de Teruel, en Valencia, en Alhambra; y bajo las bombas mismas en Tortosa, atendiendo a la población civil masacrada.

Se enlista bajo las siglas de la UNRRA (United Nations Rehabilitations and Relief Administration) para servir en China y se afana por aprender chino.

Le llama la atención la indiferencia de los chinos hacia el dolor, la enfermedad y la agonía y tiene casi que emborracharse para poder resistir la vista del ajusticiamiento de sospechosos de comunistas que eran obligados a arrodillarse para ser muertos con un balazo en la nuca.

Descubre que los trabajadores de minas de sal en Chengtu consumen, como sal, cloruro de bario que les produce parálisis, y así evita que este mal prosiga.

Como en este mundo nuestro parece que debemos alinear nuestras ideas y acciones en las derechas o las izquierdas, y no simplemente ideas y acciones a favor del hombre, como deben obligadamente ser sobre todo las del médico, Leo Eloesser y Joyce Campbell, su admirable compañera, tienen que pasar por las horcas caudinas del Comité de Actividades Antiamericanas, siendo que hombres como Leo Eloesser han servido para mejorar la imagen del norteamericano fuera de sus fronteras.

¿La vida del campo en México, en esa identificación de los desvalidos de cualquier parte del mundo, le recordaba a Leo Eloesser la China en la que soñaba pasar el resto de sus días? Pues aquí decide quedarse; hace amistad con distinguidos médicos, sobre todo neumólogos; los doctores Fernando Quijano Pitman, quien fue su alumno directo, Alfonso G. Alarcón, Ismael Cosío Villegas, Miguel Jiménez; y con artistas muy adentrados en la temática del pueblo mexicano, como Diego Rivera y la atormentada Frida Kahlo, en un intercambio de los relatos épicos de un hombre universal, de gran talento y fina ironía como Eloesser y aquellos con los que éste pulsaba el genio y el humor del pueblo mexicano, al través de la ternura de Frida y los ingeniosos recursos dialécticos y genial mitomanía de Diego.

Leo Eloesser fue un hombre-pueblo; con éste se identificaba, a él se entregaba. Por eso podríamos adjudicarle estas líneas de Neruda:

*Yo conocí aquel hombre y cuando pude,
cuando ya tuve ojos en la cara,
cuando ya tuve voz en la boca,
lo busqué entre las tumbas y le dije,
apretándole un brazo que aun no era polvo:
Todos se irán, tu quedarás viviente.
Tu encendiste la vida.
Tu hiciste lo que es tuyo.*

Leo Eloesser fue un amante permanente de la música y violinista frustrado porque, como él lo confesó, tenía "dura la muñeca".

¿Alguien ha escrito algún ensayo acerca de la bondad, del desinterés innato de corazón, esta forma de misticismo del artista, particularmente del adscrito a la música, con sus necesarias excepciones? Porque uno se pregunta: ¿podrían coexistir las notas de la maldad en una "cabeza llena de acordes" como la de Leo Eloesser, según el mismo la definió? Recuérdese que desear las cosas buenas es desear las cosas bellas y viceversa.

Y como en la discusión entre Sócrates y Menón acerca de la virtud, la sabiduría también puede

consistir en cambiar las cosas que suelen hacer más daño que bien, como la riqueza, en cosas útiles. Esta fue una de las fases más amplias de la sabiduría de Leo Eloesser.

En México buscó en donde ayudar, y lo hizo en Chiapas, en Morelia. Finalmente, el campeador, habiendo rendido sus mayores esfuerzos, gastado y quemado en la acción se refugia en Tacámbaro. Allí, con Joyce, abatiría su actividad; daría consultas en las mañanas, temprano, a campesinos; cultivaría su pequeña granja.

En las noches, con los amigos, recordaría, volvería a vivir cosas vividas de las guerras y campañas por la salud en muchos frentes; vería filosóficamente cómo se desenvuelve el mundo después de sus enormes y al mismo tiempo insignificantes esfuerzos; cómo el mundo gira, gira y cambia, sin que parezca que los afanes de los hombres de buena voluntad, los pocos hombres que así han sido en este mundo, hayan servido para algo. Soñaría sin embargo, en que así no sea, que de todos modos algo queda, algo se avanza; soñaría con la esperanza, el soñar de un hombre que supo dar su existencia y eso fue todo.

Una gran alegría iba a recibir este hombre, después de haber amado a México en sus seres más humildes, durante buena parte de su vida: la noticia de que al fin, después de muchos años de pedirla, se le concedía su naturalización como mexicano; en parte como consecuencia de los buenos oficios de esta Academia, lo que mucho nos honra.

Poco después, final, súbita, piadosamente, este hombre iba a morir; mexicano y universal, sabio y sencillo, amoroso y tierno a los noventa y cinco años, ya sin podersele conceder una sola oportunidad personal y directa de ayudar a alguien más.

Y para usar las palabras inspiradas que alguien dijo: "Si en algún lado la justicia existe, allí debe de estar este hombre, bien calzado y coronado". Y yo añadiría: tocando dulces melodías porque su muñeca, ahora, será suave y delicada.

Señores: Recordar con amor a un hombre singularmente bueno, sencillo y generoso como Leo Eloesser siempre es plausible; nos sentimos mejores, quizá hasta nos volvamos mejores. Recordémosle.

II. LEO ELOESSER Y LA CIRUGIA GENERAL

FERNANDO QUIJANO-PITMAN *

Nuestra Academia se reúne hoy para rendir un merecido homenaje a uno de los más extraordinarios de sus miembros; un hombre cuya vida es tan rica, tan llena de facetas y de aspectos posi-

* Académico titular. Instituto Nacional de Cardiología "Ignacio Chávez".

vos que es imposible poderlos analizar; el relato de sus actividades, de su prodigiosa cultura general y médica, de su influencia en todos los rincones de nuestro planeta en los que actuó, los beneficios que a tantos millones de seres humanos proporcionó en América, Europa, China, en México, las extraordinarias aventuras de una fértil y fructífera vida que se prolongó por 95 largos años.

Sólo el profundo cariño, la gratitud ilimitada que profesó por su memoria me hacen atreverme a tratar de presentar una semblanza palidísima, de un solo aspecto de ese extraordinario ser humano que fue Leo Eloesser, de San Francisco.

Evocó *in absentia* a fieles amigos de San Francisco, William Lister Rogers, Carleton Matherwson, Frank Gerbode, Victor Richards, Roland Pinckham y a Harry Shumacker de Indianapolis.

Tengo a gran orgullo ser el único médico mexicano discípulo directo de Eloesser; por casi cuatro años trabajé en su servicio en San Francisco; pero discípulos indirectos lo somos todos los cirujanos mexicanos que cultivamos la cirugía del tórax, porque Eloesser fue el iniciador, impulsor de la gran cirugía torácica en 1943 en nuestro país.

El tema que se me ha asignado es el de presentar las contribuciones de Eloesser a la medicina general. Estas, muy valiosas e importantes, son únicamente una faceta de su riquísima personalidad. La variedad de ellas revelan la gran inquietud intelectual y al mismo tiempo la vasta cultura que atesoraba.

Eloesser fue un médico integral, no fue un especialista con capacidad limitada por una serosa o una cavidad. Sus intereses y conocimientos comprendían a todo el ser humano, a la sociedad misma, sobre todo a los desvalidos; ahí concentraba su interés y contribuyó, como veremos, a tratar de resolver sus problemas educativos y de salud pública.

Poseía, perfectamente entrelazadas, una mente inquisitiva y penetrante, una capacidad analítica típicamente germana, pero avivada por la chispa de una facultad de síntesis tan grande como la primera característica; ambas alimentadas por una gran cultura médica y general, que hacían que su saber fuese enciclopédico. No aceptaba principios preestablecidos y revisaba a la luz de sus conocimientos, la parte de verdad que contenían.

Cuando era, según sus palabras un tímido estudiante en Breslau, oyó a Von Mickulickz, quizás el más brillante de los discípulos de Billroth, disertar sobre fisiología de esófago; el "Herr Profesor" declaró que el esófago era sólo un tubo que en forma pasiva conducía los alimentos de la faringe al estómago. Para refutarlo, Eloesser demostró que el esófago tenía un papel activo al beber, parado de cabeza, un vaso de agua. Para aquellos que conocen el dogmatismo de la medicina alemana a donde el "Herr Profesor" es un semidios, cuya palabra es ley irrefutable, ese fue un acto casi de rebeldía. Pero Von Mickulickz, que era un aristócrata de la cirugía, aceptó de buen grado la refutación y el rebelde y tímido estudiante era llamado a demostrar una y otra vez su maniobra de beber un vaso de agua parado de cabeza. Esa ané-

dota revela su inconformidad para aceptar verdades preestablecidas. Otra de las anécdotas que circulaban en San Francisco enseña como su cultura geográfica lo auxilió en la práctica clínica: un paciente húngaro, operado, presentaba una inexplicable fiebre intermitente. Tras un concienzudo examen clínico preguntó Eloesser si era nativo o había vivido cerca de un lago "X" en Hungría; la respuesta fue afirmativa. "Este hombre tiene paludismo", ya que ese lago es el único sitio de Europa Central a donde el paludismo es endémico"; y el tratamiento antipalúdico hizo desaparecer la fiebre de inmediato.

Un análisis de la bibliografía de Eloesser, muy incompleto porque escribió en muchos idiomas y en los cuatro rincones de la tierra, indica la variedad grande de sus contribuciones médicas; en 98 artículos localizados encontramos tres sobre aparato digestivo, entre ellos su tesis laureada sobre cirugía de páncreas, que fue publicada con honores en una de las principales revistas alemanas. Catorce trabajos versaron sobre ortopedia. Esta rama le interesó profundamente; inventó las prótesis de Letterman con articulaciones cineplásticas y preconizó la colocación temprana de ellas; con Howard ideó un sencillo método de reducción de luxaciones de húmero; experimentó sobre los injertos de articulaciones que debido a problemas de inmunología fracasaron; preconizó las amputaciones transarticulares. Tres de sus trabajos se refirieron a la anestesia; es interesante señalar que fue un vigoroso campeón de la anestesia local, varios años antes de que Gastón Labat, adjunto de Victor Pouchet, popularizara el método en los Estados Unidos bajo el patrocinio de Charles Mayo. Otro, publicado en Argentina, disertó sobre anestesia por refrigeración en amputaciones por lesiones vasculares. Cinco trabajos sobre cirugía vascular, uno de ellos profético, porque preconizaba el uso de parches autólogos en heridas de las venas y arterias. Ya que fue un cirujano de guerra, que tomó parte de la primera guerra mundial, en la guerra de España y en China, escribió ocho trabajos sobre esta cirugía; es notable uno sobre tratamiento de flegmones a donde preconizó la apertura amplísima de ellos, con resultados muy superiores a otros métodos entonces en boga. Experimentó con éxito sobre la patogénesis de la articulación de Charcot en la tabes y empleó injertos autólogos de costillas en lesiones óseas. Escribió tres originales trabajos sobre oncología: utilizaba la irradiación transoperatoria de cánceres del recto y de la mama. Sobre cirugía reconstructiva de la mano y de la mandíbula escribió varios trabajos a donde relató sus originales técnicas. Durante los últimos años de su larga y fructífera vida, se interesó en la obstetricia, y así escribió varios manuales de obstetricia rural publicados por la O.M.S. Diez trabajos médicos sobre historia de la medicina y dos sobre arte y medicina; asimismo tres sobre organización hospitalaria, que revelan la prodigiosa variedad de sus contribuciones.

Hombre con mentalidad universal, propuso y llevó al cabo el intercambio con profesores de universidades sudamericanas. El mismo lo hizo; fue a

Buenos Aires y Oscar Ivanissevich tomó su cátedra en Stanford; complicaciones políticas impidieron que ese proyecto continuase, aunque su idea se reanudó posteriormente, demostrando así la validez del proyecto de Eloesser.

Como iniciador y fundador solo me referiré a la forma como él inició en México la gran cirugía torácica.

Antes de su venida a México, en junio de 1943, poco se había hecho en la cirugía torácica. Años antes, Don Darío Fernández había tratado con éxito unos cuantos casos de estenosis esofágica por esofagoplastia extratorácica. El maestro Alarcón hizo una neumonectomía en el Hospital "Concepción Beistegui", sin buen resultado. Don Julián González Méndez, ayudado por Alejandro Celis, en el Hospital General emprendió un programa que en lo general fue desalentador. La razón de los fracasos era la anestesia. Don Guillermo Montañó proporcionó a González Méndez la tesis de Crafoord, en la que se describía el "espiropulsor", gigantesco armatoste tan impráctico quizás como las cámaras de hiperpresión, operante en Suecia pero imposible de construir en México.

Eloesser, en junio de 1943, fue invitado por el maestro Alarcón a Huipulco; llegó acompañado del doctor William B. Neff, profesor de anestesia de Stanford y la primera sorpresa se produjo al llegar a la primera operación en Huipulco. Le preguntaron a Neff con qué iba a dar la anestesia; mostró su pequeño aparato portátil Foregger modelo Chileno y con tal simplicidad y aparente facilidad condujo la anestesia por intubación, con respiración controlada a mano, que aquello fue una revelación. Esa noche, el aula Miguel Jiménez de la vieja facultad estaba atestada; Eloesser disertó sobre cirugía de tuberculosis y Neff sobre anestesia para la cirugía intratorácica.

Y el velo se rasgó. El doctor Terrazas se fue con Neff a San Francisco; Martín Maquívar se interesó en aquel tipo de anestesia. Los métodos traídos por ellos se popularizaron y fue así como a Eloesser y a Neff se debe la fundación de la moderna cirugía de tórax en México. E igual que en México inició la cirugía torácica en Rusia.

Su labor en favor de la medicina general alcanzó su apogeo en China. Siempre tuvo un apasionado interés en la medicina social y en la medicina rural. Recuerdo que su interés sobre el servicio social implantado por Don Gustavo Baz en México era inagotable y profundo. Sus preguntas continuas, su curiosidad acerca de pormenores de su realización era exhaustiva. Sostenía que la implantación de un sistema de educación y práctica médica de un país desarrollado a otro con diferente desarrollo, de condiciones culturales y económicas distintas no funcionaba; que un sistema satisfactorio en los Estados Unidos o Canadá era inoperante y obsoleto en Gambia o en la Guyana y que no era ese el camino correcto para conseguir resultados satisfactorios en el sector salud. Sostenía acaloradamente que el sistema de salud debería basarse en las necesidades de cada pueblo y apoyarse en los cimientos culturales, religiosos, históricos y económicos.

Con base en estos principios, en China, cuando

se encontraba trabajando con la UNKRA, propuso al doctor Su-Chin-Kwan, jefe de la Comisión Médica y del Cuerpo Médico del Ejército de Mao, un plan para la campaña sanitaria de las regiones ocupadas por Mao, basada en el trabajo de oficiales auxiliares de salud, entrenados para control de aguas, desinsectización, vacunación, entrenamiento a parteras y en cuidados primarios a lactantes. Propuso que un compacto grupo planease la campaña, sostenida en forma piramidal por otro grupo mayor de administradores y el más numeroso de los oficiales auxiliares de salud.

Su proyecto fue acogido con entusiasmo y fundó dos escuelas para ello, la primera en Shia-Chia Chunang y posteriormente otra en Pekin. El programa era simple pero efectivo: enseñanza de los principios fundamentales; enseñanza teórico-práctica, huir de verbalismo y logorrea, enseñar haciendo. El curso intensivo duraba de dos a tres meses y enseñaba principios elementales de higiene, vacunación, control de aguas y de plagas, tratamiento de pequeños males y pequeña cirugía. Fue este el principio, tanto del sistema piramidal de salud de China, que tanto interés ha despertado en el mundo occidental, de los médicos campiranos, que tan buenos resultados ha dado allá. A Eloesser, a Norman Bethune, el cirujano canadiense cuyo obituario conmovedor escribió Don Leo y al doctor Hatem, son debidas las ideas fundamentales tan inteligentemente aplicada por los chinos.

Recordemos que Don Gustavo Baz, en 1936 implantó el Servicio Social que tanto interesó a Eloesser y que en 1938, el Instituto Politécnico Nacional inició su Escuela de Medicina Rural aquí en México.

Eloesser también escribió textos de pequeñas cirugías, de obstetricia para comadronas rurales.

Esta es únicamente una faceta, un aspecto de la vida de Eloesser como médico y maestro. ¡Pero qué rica y qué fecunda esa faceta! ¿Cuántas tuvo? Nadie lo sabe, porque tengo para mí que nadie conoció a Eloesser. Lo más que puede reclamar alguien, es que conoció algo de él.

En una fiesta que Leopoldo Rebollar ofreció en su bello rancho de Jajalpa, cerca de Lerma, a los médicos de Stanford, Martha Gerbode, esposa de Frank Gerbode, conminaba a Eloesser a escribir sus memorias, su autobiografía. Semicerró los ojos y sonrió levemente mientras murmuraba: "Nadie la creería, Martha, nadie la creería".

Murió como ciudadano mexicano. Su ciudadanía la obtuvo por intervención directa del maestro Chávez, pero ésta es una historia que narraré en alguna otra ocasión.

Tuve el triste privilegio de acompañar sus restos a la cremación en San Lorenzo Tezonco, en compañía de Carlos Noble y del profesor Orrego Puelma. Descansan en Tacámbaro, velados por su fiel Joyce.

Ahí terminó esa vida tan clara y tan fecunda, tan elevada, inteligente y útil, tan rica en aventura. Su mejor epitafio lo dijo Cosío Villegas cuando afirmó: "Eloesser es el mejor documento humano que he conocido".